

CAPÍTULO XIV.

Recuperado.

Transcurrieron otro día y otra noche sin que pareciese Esteban. ¿En dónde estaba, y por qué no venía?

Todas las noches Cecilia iba á casa de Raquel á sentarse á su lado en su modesta y aseada habitación. Raquel trabajaba todo el día como las gentes de su clase necesitan trabajar, sin levantar cabeza, por muchos cuidados que les preocupen. Las serpientes de humo se cuidaban muy poco de averiguar si alguno se había perdido ó se le había encontrado, si era inocente ó culpable; los elefantes atacados de melancolía, por nada que sucediera alteraban su marcha rutinaria, ni más ni menos que los partidarios de los hechos positivos.

Transcurrieron otro día y otra noche, y nada nuevo vino á interrumpir la monotonía covevillana. La desaparición de Esteban Blackpool empezaba ya á molestar á los habitantes de Co-

keville, y hacerse un hecho tan monótono como el movimiento de una máquina cualquiera.

—Apostaría (dijo Raquel) á que hoy no existen en la ciudad veinte personas que crean aún en la inocencia de ese hombre.

Ambas estaban sentadas en aquella habitación, alumbrada únicamente por un farol de la calle. Cecilia, que había llegado la primera, antes de que anocheciese, á fin de esperar á que la obrera volviese de su trabajo, se sentó junto á la ventana, y allí permanecieron las dos, sin necesitar otra luz que alumbrase sus tristes pensamientos.

—Si desgraciadamente no hubiese V. estado conmigo algunas noches (dijo Raquel), hubiera perdido la razón; pero me infunde V. valor y esperanza. ¿No es verdad que sigue V. convencida de que aunque las apariencias le condenen, conseguirá justificarse?

—Lo creo, Raquel, con todo mi corazón. Tanto estoy persuadida, que comparto esa confianza generosa; tanto creo en su inocencia, como si le hubiese conocido toda mi vida.

—Y yo, señora (dijo Raquel con voz temblorosa), hace muchos años que le conozco, y siempre le he visto tan resignado, tan fiel á todo lo que es bueno y honrado, que, aunque no volviese á oír hablar de él, y aunque viviese cien años esperándole, diría hasta el momento de exhalar el

último suspiro: «Dios conoce mi corazón.» Nunca he dejado de tener confianza en Esteban Blackpool.

—En casa todos estamos convencidos de que tarde ó temprano se acreditará su inocencia. Ya no desconfiará V. de Luisa.

—Ahora, que la veo con frecuencia, no; pero, sin embargo, no puedo evitar.... No sé por qué, pero me parece que hay alguien interesado en que no venga Esteban. Creo que si se hubiese presentado voluntariamente á justificarse ante el mundo, ese alguien habría detenido á Esteban, ó le habría hecho desaparecer.

—Ese pensamiento es horrible,—dijo Ceci, palideciendo.

—¡Oh! sí.... muy horrible....; si le hubiesen asesinado....

Cecilia se estremeció, y se puso aún más pálida.

—Cuando esta idea me ocurre (dijo Raquel), y me ocurre con frecuencia, aunque hago todo lo que puedo por rechazarla, me parece que me da fiebre; siento necesidad de andar de prisa mucho tiempo, sin lo cual no puedo acostarme.

—Bien puede haber caído enfermo (dijo Ceci, ofreciendo tímidamente un rayo de esperanza á aquella infeliz). Estará detenido en algún pueblo del tránsito.

—No hay ninguno en donde pueda estar. Se

le ha buscado en todas partes, y en ninguna se le ha encontrado.

—Es verdad,—contestó Ceci con desaliento.

—Sólo necesitaba dos días para hacer el viaje á pié. Además, le envié dinero para que tomase la diligencia.

—Esperemos que el día de mañana nos traiga mejores noticias. Vamos á tomar un poco el aire, Raquel.

La noche era hermosa, y en las esquinas de las calles conversaban algunos obreros, formando pequeños grupos; era la hora de cenar, y pocas personas se hallaban fuera de sus casas.

—No se deje V. abatir, Raquel (le dijo Ceci); de un momento á otro se la puede necesitar para que tome la defensa de Esteban. Mañana es sábado; si no hay noticias mañana, ¿quiere V. que el domingo nos paseemos juntas por el campo? Ese paseo le dará á V. fuerzas para la semana siguiente. ¿Acepta V.?

—Sí, amiga mía.

En aquel momento se hallaban en la calle de Mr. Bounderby. Ceci tenía que pasar por delante de la casa de éste para entrar en la suya. Acababa de llegar á Cokeville un tren que había puesto en movimiento multitud de vehículos, y los viajeros habían producido en la ciudad cierta emoción. Infinidad de carruajes los llevaban de aquí para allá: uno de ellos se detuvo tan á tiem-

po á la puerta de Mr. Bounderby, cuando Cecilia y Raquel pasaban por allí, que ambas se volvieron instintivamente. Á la luz resplandeciente del reverbero de gas, y al extremo de las gradas que conducían á la casa del banquero, vieron á la señora Sparsit víctima de una agitación, desahaciéndose por abrir la portezuela; y al verlas, les gritó que se detuviesen.

—¡Qué extraña coincidencia! (exclamó la señora Sparsit, después de haberla ayudado el cochero.) ¡Qué coincidencia providencial! Salga V., señora (añadió, dirigiéndose á una persona que estaba dentro del carruaje). Salga V., si no quiere que la hagamos salir á la fuerza.

En seguida se vió bajar á la misteriosa anciana en persona, de quien se apoderó inmediatamente la señora Sparsit.

—¡Que nadie toque á esta mujer! (gritó la señora Sparsit con mucha energía.) ¡Que nadie la toque! Me pertenece. ¡Entre V., señora! Entre V., si no quiere que la hagamos entrar á la fuerza.

El espectáculo de una matrona de clásico aspecto arrastrando á una mujer de mucha edad para que entrase á la fuerza en una casa, hubiera bastado en cualquier tiempo para despertar la curiosidad á los transeuntes británicos bastante dichosos para asistir á semejante escena, y les hubiera obligado á invadir la casa á fin

de ver cómo terminaba el asunto; pero cuando aumentaba el atractivo de tal fenómeno el rumor del robo de la casa de banca, á la vez tan público y tan misterioso, es claro que los desocupados no podían razonablemente resistir al deseo de penetrar en la casa, aunque se desplomase sobre ellos. Por consiguiente, el grupo de espectadores que la casualidad había reunido, compuesto de veinticinco vecinos de los más oficiosos, se agolparon detrás de Ceci y Raquel, que seguían á la señora Sparsit y su cautiva. Toda aquella gente entró alborotada en el comedor de mister Bounderby, en donde los que llegaron los últimos no perdieron un sólo momento en subirse sobre las sillas para dominar á los demás.

—Que avisen á Mr. Bounderby para que baje (gritó la señora Sparsit); Raquel, ¿conoce V. á esta mujer?

—Es la señora Pegler.

—¡Ya lo creo que es ella! (exclamó la señora Sparsit con aire de triunfo). Que avisen á mister Bounderby para que baje. Vamos; abra paso todo el mundo.

En aquel momento la anciana señora Pegler, envolviéndose en su mantón y procurando evitar las miradas, murmuró algunas palabras de súplica.

—Bueno, bueno (replicó la señora Sparsit en alta voz). Ya le he dicho á V. mil veces por el

camino que no la dejaré á V. marchar antes de que se haya explicado con él.

Mr. Bounderby se manifestó en compañía de Mr. Gradgrind y del mequetrefe, con los cuales estaba hablando en el piso superior. La mirada de Mr. Bounderby manifestó sentimiento de sorpresa, más bien que el de hospitalidad, á la vista de aquellos convidados, no convidados, que llenaban el comedor.

—¿Qué significa esto? (preguntó): señora Sparsit, ¿qué quiere decir esto?

—Señor (empezó á decir la digna ama de llaves); doy gracias á la fortuna por haberme procurado la felicidad de traer aquí una persona á quien busca V. hace mucho tiempo. Estimulada por mi deseo de hacerle á V. salir de la ansiedad que tanto le atormenta, y no teniendo para que me sirviese de guía sino noticias muy vagas de la localidad en que se suponía que podía habitar esta anciana, y habiéndome dado estas noticias la joven obrera Raquel, que afortunadamente se encuentra aquí para reconocer la identidad de la culpable, he tenido la felicidad de lograr mis deseos, trayendo conmigo á la persona en cuestión: ya se comprende que muy á pesar suyo. No sin gran trabajo he podido llevar á cabo esta misión delicada; pero cuando se trata de prestar á V. un servicio, no reparo en dificultades. La hambre, la sed y el frío

son para mí verdaderos placeres en esas ocasiones.

La señora Sparsit se calló, porque pudo leer en el semblante de Mr. Bounderby una extraña mezcla de todas las variedades y de todas las nubes de una contrariedad, cuando la anciana señora Pegler se mostró á sus ojos.

—¿Qué es eso, señora? ¿Se está V. mofando de mí? (fué la inesperada pero vigorosa respuesta de Mr. Bounderby.) Sírvase V. decirme si se está V. burlando de mí, señora.

—¡Yo!—exclamó la señora Sparsit con voz débil.

—¿Por qué diablo se mezcla V. en lo que no le importa? ¿No tiene V. bastante con sus asuntos, sino que también quiere meter esa nariz ofensiva en los de mi familia?

Esta maliciosa alusión á la facción favorita de su fisonomía, agobió á la señora Sparsit. Cayó redonda sobre una silla, como petrificada, y fijando en Mr. Bounderby una mirada estupefacta, no sabía explicarse lo que la estaba sucediendo.

—Mi querido Josué (exclamó la señora Pegler, que temblaba de piés á cabeza.) ¡Hijo mío querido! No me quieras mal. No ha sido culpa mía. Ya he dicho y redicho á esa señora que sabía muy bien que lo que estaba haciendo no iba á serte agradable; pero no quiso creerme.

—¿Por qué ha consentido V. que la traiga aquí? ¿No podía V. haberle arrancado el sombrero y un diente, ó arañarla, ó hacerle cualquiera otra cosa?—preguntó Bounderby.

—¡Mi querido hijo!... Me amenazó con que me traerían los agentes de la autoridad, si no me venía con ella. ¿No valía más seguirla tranquilamente, que dar un escándalo en una casa tan... (la señora Pegler paseó una mirada tímida, pero orgullosa), en una casa tan magnífica? Te aseguro, en verdad, que no es la culpa mía; mi querido, mi noble y digno hijo. Siempre he sido discreta, mi querido Josué. Nunca he faltado á mi promesa. Á nadie le he dicho que soy tu madre. Te he admirado desde lejos, y si he venido de vez en cuando á la ciudad, ha sido á largos intervalos, para mirarte cuando nadie ha podido observarme, pero siempre con orgullo, siempre he venido de incógnito, y lo mismo me he vuelto al lugar.

Mr. Bounderby, con las manos en los bolsillos, se paseó con impaciencia alrededor de la mesa del comedor, en tanto que los espectadores recogían con avidez cada sílaba que se escapaba de los labios suplicantes de la señora Pegler, y á cada sílaba abrían los ojos más asombrados. Mr. Bounderby continuaba paseándose cuando la señora Pegler terminó su alocución. Mr. Gradgrind, á su vez, se dirigió en estos

términos á aquella anciana, de quien tan malas noticias tenía.

—Me admira, señora (dijo con tono severo), que se atreva V., en los últimos días de su vida, á dar á Mr. Bounderby el nombre de hijo, después del trato inhumano y desnaturalizado que le ha hecho V. sufrir.

—¡Yo desnaturalizada! (exclamó la pobre vieja.) ¡Yo inhumana! ¡Y con mi hijo! ¡Con mi hijo querido!

—¡Su hijo querido! (repitió Mr. Gradgrind.) ¡Sí, sí, muy querido! Ahora que se ha enriquecido con sus propios esfuerzos, no dudo que le querrá V. mucho; pero no le quería V. tanto cuando le abandonó en su niñez á la brutalidad de la borracha de su abuela.

—¡Que yo he abandonado á Josué! (exclamó la señora Pegler juntando las manos.) Dios le perdone á V. esas mentirosas invenciones y esas calumnias á la memoria de mi excelente madre, que murió en mis brazos antes de que Josué hubiese venido al mundo. Arrepíentase V., caballero, y Dios le haga la gracia de conservar le la vida hasta que cambie esos innobles sentimientos.

La señora Pegler estaba tan seria y tan indignada, que Mr. Gradgrind, espantado con la idea que le ocurrió, le preguntó con un tono más dulce:

—¿Luego niega V. que su hijo.... abandonado por su madre al nacer.... fué más de una vez recogido en el arroyo de la calle?

—¡Josué en el arroyo! (exclamó la señora Pegler.) ¡Cómo! ¡Eso nunca! Debiera V. avergonzarse, caballero, de lo que está diciendo. Mi hijo sabe muy bien, y él mismo lo dirá, que si bien ha nacido de padres pobres, lo hemos amado con tanta ternura como pudieran los más encompetados, y que no han temido imponerse privaciones para enseñarle á leer, escribir y contar. Todavía tengo en casa las planas. Sí, sí; las tengo. Mi hijo sabe muy bien, y él mismo lo dirá, que cuando murió su pobre padre (entonces tenía Josué ocho años), la pobre viuda también supo sacrificarse, como era su deber, su placer y su orgullo, para abrirle el camino donde pudiera hacer su aprendizaje. Y en verdad que encontró un maestro que le ha ayudado á establecerse. Así ha podido ser rico, muy rico. Y sabrá V., caballero, porque mi hijo no se lo dirá, que aunque su madre tiene una miserable tienda de aldea, nunca la ha olvidado, porque me pasa una pensión de ochocientos francos, mucho más de lo que necesito, con la única condición de que permanecería en mi aldea, que no me jactaría de ser su madre, y que no vendría á incomodarle. Lo hice así; no he venido á la ciudad más que una vez al año, para verle desde lejos, sin

que él lo sospechase. Y tenía razón (añadió la pobre anciana, disculpando á Bounderby, con el tono más cariñoso) en querer que no saliese de mi aldea; porque si viviese aquí, no dejaría de hacer muchas tonterías, mientras que allá soy muy feliz. Nadie me impide embriagarme en el orgullo de tener un hijo como Josué, y puedo amarle en mi pueblo sola, completamente sola. Me avergüenzo por V., caballero (continuó la señora Pegler, terminando su discurso); me avergüenzo de esas calumnias y de esas sospechas. Es la primera vez que entro en esta casa, y no quería entrar, porque mi querido hijo me había dicho que no entrase. Nunca hubiera entrado, á no ser á la fuerza. Debería V. avergonzarse, sí, por haberme acusado de ser mala madre, cuando mi hijo está ahí para desmentirle.

Todos los espectadores, así los que estaban subidos en las sillas como los demás, dejaron oír un murmullo simpático en favor de la señora Pegler, y Mr. Gradgrind comprendió que inocentemente había dado crédito á una calumnia infame. Mr. Bounderby, que no había interrumpido su paseo, y cuya fisonomía se hinchaba por instantes y se ponía más encendida, se paró bruscamente.

—No sé con certeza (dijo) por qué las personas presentes se han creído en el deber de honrarme con su visita; pero tampoco pido explicacio-

nes. Espero que tendrán la bondad de marcharse cuando estén completamente satisfechas, ó, mejor dicho, espero que, satisfechas ó no, tendrán la bondad de desalojar mi casa todo lo más pronto posible. No estoy dispuesto á abrir ahora un curso público sobre los asuntos de mi familia. Los que esperasen verme dar explicaciones á este propósito, verán defraudadas sus esperanzas, sobre todo Tomás Gradgrind, á quien principalmente va esta indirecta. Por lo que hace al robo de la casa de banca, se ha cometido un error respecto á mi madre. Si no hubiera habido exceso de celo, no se hubiera cometido ese error, y, por mi parte, condeno todo exceso de celo, venga de quien viniere. Buenas noches.

Aunque Mr. Bounderby tomó así la cosa, y se expresaba con el aplomo de costumbre, teniendo la puerta abierta para que saliesen los espectadores, había por esta vez en sus modales huecos y en su aire de huracán algo de afligido, que le daba un aspecto de compunción más ridículo de lo que puede imaginarse. Convencido de no ser otra cosa que un fanfarrón de la humildad, de haber edificado sobre mentiras su débil reputación, y de no haber respetado la verdad en sus vanaglorias como si hubiese tenido la pretensión abyecta, la más abyecta de todas, de atribuirse una noble genealogía, hacía el papel de la persona más sucia del mundo, mientras

pasaban por la puerta aquellos espectadores que, á su entender, no dejarían de referir el suceso por toda la ciudad. No hubiera hecho una figura más triste aquel pobre fanfarrón convicto, si le hubiesen cortado las orejas.

La misma señora Sparsit, aunque desprendida del pináculo de la alegría al abismo de la desesperación, no estaba aún tan baja como aquel hombre poco común, que á sí propio se llamaba hijo de sus obras.

Raquel y Ceci, dejando á la señora Pegler tomar posesión de una cama en la casa de su hijo por solo aquella noche, se dirigieron juntas hacia Pierre-Loge, y se separaron á la puerta. Mr. Gradgrind se había reunido á ellas en la calle, y les había hablado con interés de Esteban Blackpool, diciendo que la injusticia evidente de las sospechas que había inspirado la señora Pegler debía naturalmente ejercer en la opinión pública cierta influencia favorable al obrero.

En cuanto al mequetrefe, durante toda aquella escena no se había alejado de Mr. Bounderby, así como no se separaba de él hacía ya días, ni para bueno ni para malo. Tomás creía seguramente que mientras Bounderby no pudiera hacer ningún descubrimiento de que él no tuviera noticia, estaba completamente seguro. Por lo demás, no había vuelto á ir á casa de su hermana; sólo la había visto una vez, es decir, la no-

che en que siguió á Bounderby como una sombra, según ya lo hemos referido.

El alma de Luísa alimentaba un temor vago y sombrío de que no hablaba nunca, pero que envolvía un horrible misterio respecto á aquel joven perverso é ingrato. El mismo pensamiento triste y sombrío se le había ocurrido á Cecilia, bajo la misma forma indeterminada, cuando Raquel habló de alguien que pudiera resultar comprometido si volvía Esteban, y que acaso le había hecho desaparecer. Luísa no había confesado nunca que sospechaba de su hermano. Cecilia y ella no se habían hecho ninguna confianza á este propósito, á excepción de algunas miradas que habían cambiado el día en que Mr. Gradgrind meditaba con la cabeza apoyada en la mano; pero se comprendían tanto, que la una leía en el pensamiento de la otra. Esta nueva inquietud era tan terrible, que las intimidaba como la sombra de un fantasma; Luísa no se atrevía á pensar que este fantasma estuviese á sulado, y menos aún que estuviese cerca de su amiga.

Mientras tanto, el ánimo forzado que el mequetrefe había llamado en su ayuda, no le abandonaba. Si Esteban Blackpool no era el ladrón, ¿por qué no se presentaba?

Pasó una noche, otro día y otra noche. Ninguna noticia de Esteban Blackpool. ¿En dónde está? ¿Por qué no viene?

CAPÍTULO XV.

Luz de luna.

El domingo siguiente, Ceci y Raquel se reunieron muy temprano para ir á pasearse en el campo. Era una hermosa mañana de otoño.

Como Cokeville no se contentaba con cubrir de cenizas su propia cabeza, sino que cubría también la de todo el vecindario, á semejanza de esos inestimables devotos que hacen penitencia por sus propias faltas, llenando á los demás de cilicios, los que deseaban respirar de cuando en cuando algunas bocanadas de aire puro (lo cual no es precisamente lo más punible de las vanidades humanas), tenían costumbre de hacerse transportar por el camino de hierro, á algunas millas de las fábricas, antes de empezar su paseo campestre. Ceci y Raquel hicieron como todos los demás, para escapar de la humareda cokevillana, y bajaron en una estación situada en la mitad del camino, entre la ciudad y la casa de campo de Mr. Bounderby.

Aunque el verde paisaje estaba sembrado aquí